EL SEGUIMIENTO DE JESÚS POBRE

EN LA SECULARIDAD CONSAGRADA

La práctica de los llamados consejos evangélicos, como enseña el concilio Vaticano II, es una manera singular de ordenarse y dirigirse a la perfección de la caridad, a la que todo cristiano está llamado (cf. LG 39). El decreto sobre la vida consagrada comienza en latín con estas palabras: «PERFECTAE CARITATIS PER CONSILIA EVANGELICA PROSECUTIONEM…»[1] Lo que importa no es el voto por el voto, sino la consecución de su finalidad: la caridad perfecta. Mediante los votos u otros vínculos sagrados, «el cristiano… hace una total consagración de sí mismo a Dios, amado sobre todas las cosas, de manera que se ordena al servicio de Dios y a su gloria por un título nuevo y especial». (LG 44) Seducido por el Señor y sostenido por su gracia, el cristiano se reafirma en su voluntad de centrarse y darse a Cristo y en Cristo a los demás. Lo importante no es la renuncia, sino el seguimiento de Jesucristo, que nos traza el camino de la perfección del amor y comunión con Dios y los hermanos en la Iglesia apostólica de acuerdo con la vocación y misión que el Señor nos regala con su gracia a cada uno de nosotros.

El voto o la promesa de pobreza está regulado por los estatutos de cada Instituto. En esta meditación trato de subrayar algunas perspectivas que los IS, según opino, estamos llamados a vivir en el marco de la secularidad consagrada.

La llamada universal a la santidad comporta el seguimiento de Jesús pobre y humilde. Y esto es verdad para todo discípulo de Jesús. Cada persona e Instituto lo lleva a cabo de acuerdo con la gracia, vocación, misión y carisma con que Dios enriquece a la Iglesia santa.

Lo más importante de todo: *tomar conciencia de encontrarnos ante una gracia*. Una gracia se puede pedir y hay que tener el coraje de pedirla. Una gracia, por otra parte, se debe cultivar; también se puede pedir para los demás; pero por ser gracia nadie puede ser juez de los demás ni puede precisarse de forma leguleya. Si nos comparamos con los otros o los juzgamos, es signo de que vivimos desde la ley y no desde la gracia. Dejamos, en ese preciso momento, de seguir a Jesús pobre, enviado en pobreza para salvar y no para juzgar o condenar.

No confundamos la pobreza evangélica con la austeridad. Uno puede ser muy austero y no ser pobre. Es importante conocer bien *la dinámica de la pobreza vivida por Jesús*, a fin de seguirlo con alegría, personal y comunitariamente, de acuerdo con el carisma de los IS.

Quien pide el don del seguimiento de Jesús pobre debe estar preparado para vivir grandes sorpresas, pues una es la pobreza elegida y otra la pobreza que nos viene como impuesta desde fuera. El olvido de este punto lleva a ciertas personas a la depresión y a vivir con cierta amargura la pobreza, que viene de la vida. ¡Pidamos con insistencia la gracia de seguir a Jesús pobre , humilde y sufriente, en su condición de siervo. ¡Siervas!

---

[1] El Sacrosanto Concilio ha enseñado ya en la Constitución que comienza "Lumen Gentium", que la prosecución de la caridad perfecta por la práctica de los consejos evangélicos tiene su origen en la doctrina y en los ejemplos del Divino Maestro y que ellas se presenta como preclaro signo del Reino de los cielos. (PC 1)

Cuando el discípulo ha comprendido existencialmente que el seguimiento de Jesús pobre es gracia, la cultiva con sencillez y humildad. Consciente de que la pobreza brota del amor y con ella se fortifica el amor, aprende a vivir con alegría tanto la pobreza elegida, como también con la pobreza que le viene dada por la existencia concreta.

Los anawim, los pobres según Dios, son los que se fían de él en medio de sus pruebas y quebrantos. Y porque se saben en manos de Dios, cantan, con alegría, la esperanza. De él reciben todo con agradecimiento y en él ponen su esperanza. Se saben amados y proclaman en todo momento sus misericordias. Se reconocen dichosos y bienaventurados, ya que tienen la conciencia de ser mirados por el Señor, de poseer en herencia del reino de Dios. Como discípulos de Jesucristo creen vitalmente en su palabra: «Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios» (Lc 6, 20) María en el Magníficat, la verdadera pobre, es la cantora por excelencia de la esperanza de los anawim, pues el Señor ha mirado a su humilde esclava. Ella es la verdadera hija de Sión, a través de la cual llega la salvación y exaltación del pueblo pobre y humillado. El Señor hace maravillas en los pobres y a través de los pobres. Estamos en el terreno y dinámica de la fe. No lo olvidemos.

I.- JESÚS POBRE ENRIQUECE CON SU POBREZA

> Conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza. (2Cor 8, 9)

El apóstol Pablo presenta así la dinámica de la gracia, o, si se quiere la insondable riqueza del amor apasionado de Dios por el ser humano, hasta el punto que su Hijo se hace pobre, para enriquecernos con su pobreza. Esta pobreza del Hijo enviado en la carne es, en última instancia, la expresión de la insondable riqueza del amor divino.

En esta perspectiva me parece interesante recordar un sermón de san Agustín, en el que comenta el v. 14 del Sal 9: «Tú ves las penas y los trabajos, tú miras y los tomas en tus manos. A ti se encomienda el pobre, tú socorres al huérfano». El santo invitaba a sus oyentes a *buscar al huérfano y al pobre verdadero, al que es la Cabeza de todos ellos*, para exhortar a los oyentes: «Aprended, pues, a ser pobres y a abandonaros al Señor, ya que sois pobres como yo. Uno es rico, es orgulloso». Su sermón arranca diciendo que busca a un pobre, en medio de tantos pobres. Y tras una larga disquisición sobre la búsqueda del pobre verdadero, esto es, el sentido del pobre auténtico según Dios, concluía el santo:

> Hemos hallado al verdadero pobre, al piadoso y humilde que no confía en sí mismo; al pobre verdadero, miembro del pobre que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros. Contemplad a nuestro rico que, siendo rico, *se ha hecho pobre* por nosotros; contempla a este rico: *Todo fue hecho por él, y sin él nada fue hecho.* Es más crear el oro que poseerlo. Eres rico en oro, plata, ganados, siervos, fincas y frutos; pero no has podido crearte todas esas cosas. Contempla a aquel rico: *Todo fue hecho por él.* Contempla a aquel pobre: *La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros.* ¿Quién pensará adecuadamente en sus riquezas? ¿Quién pensará en forma debida cómo hace las cosas el que no es hecho, cómo crea el que no es creado; cómo forma el no formado, cómo hace cosas mutables el inmutable y cosas temporales el eterno? ¿Quién puede pensar debidamente en sus riquezas?
>
> Pensemos en su pobreza, por si, tal vez, al ser pobres, al menos comprendemos esta. Fue concebido en el seno virginal de una mujer, encerrado en las entrañas maternas. ¡Oh pobreza! Nace en un albergue angosto; envuelto como bebé en pobres pañales, se le pone

> en un pesebre, y se convierte en alimento para sus pobres monturas; luego, el Señor del cielo y de la tierra, el creador de los ángeles, el hacedor y autor de todas las cosas visibles e invisibles mama, llora, se alimenta, crece, soporta la edad y oculta la majestad. Después es apresado, despreciado, flagelado, burlado, escupido, abofeteado, coronado de espinas, colgado de un madero y traspasado con una lanza. ¡Oh pobreza! He aquí la cabeza de los pobres que yo busco, de la cual es miembro el verdadero pobre. (Sermón 14)

El Verbo eterno de Dios, por tanto, se hizo pobre, asumiendo nuestra carne, para hacer de ella la fuente de nuestra justificación o, como dicen algunos padres de la Iglesia, de nuestra divinización. Mediante su muerte y resurrección, se cumplió la promesa anunciada por el profeta Joel, el don del Espíritu Santo (cf. Hch 2, 14-21). El Pobre no ofrece «las riquezas», deseadas por unos y otros. Nos enriquece dándonos la posibilidad de llegar a ser hijos de Dios (cf. Jn 1, 12-13), de ser justicia de Dios (cf. 2Cor 5, 17-21), de hacernos partícipes de la naturaleza divina (cf. 2P 1, 3-7), y coherederos con él de Dios (cf. Rom 8, 14-17)… etc. Para ello fue enviado en una carne pobre y débil, semejante a la del pecado (cf. Rom 8, 3; Jn 1, 14). Se despojó de su rango divino, asumió la condición del esclavo, se hizo obediente hasta la muerte en cruz (cf. Flp 2, 6-11). Ni la razón ni la religiosidad logran entenderlo. Solo la fe soporta la luz fulgurante del misterio divino.

Seguir al que es la «Cabeza de los pobres», como dice san Agustín, es una participación en la gracia del Señor que se hizo pobre. El seguimiento de Jesús pobre, por tanto, es mucho más que llevar una vida austera; es progresar en el dinamismo del amor divino, a fin de vivir en el Espíritu de la verdad, libertad y comunión. Hacerse pobre con Cristo pobre es gracia. ¿Nos atrevemos a pedirla personal y comunitariamente? ¿Le decimos al Señor: «Hágase en mí según tu voluntad»? Ante la vocación y misión que nos supera, todos estamos invitados a responder hoy, en la luz y fuerza del Espíritu: «Señor, si quieres un pobre, heme aquí».

Si por un momento, dejáramos de pensar la pobreza en términos de simples carencias, además de tener una mirada diferente sobre los pobres (con mucha frecuencia son vistos como seres de carencias), nos adentraríamos en la belleza y riqueza de la pobreza que brota del agapé, como de su manantial inagotable.

Para comprender el sentido de la pobreza evangélica, es importante ver cómo se da en Dios la pobreza y la riqueza. Dios es amor y, por tanto, comunión de personas. Todo lo del Padre es del Hijo y lo del Hijo del Padre en el Espíritu Santo. El Padre entrega todo al Hijo y el Hijo retorna todo al Padre en el Espíritu de comunión. Y porque el amor divino tiende a darse, engendrando al otro en la alteridad, Dios crea por amor, para darse a la criatura y establecer con ella una relación de comunión y diálogo. Tal es la insondable riqueza y pobreza del amor. Dios crea al ser humano y se hace de alguna forma deudor de él, pues nos ha prometido tantas cosas, como dice san Agustín. Y, por otra parte, Dios añora al hombre y no cesa de salir en su búsqueda. Es como si necesitase de él, como un Padre que desea reunir a sus hijos en la mesa de la comunión.

El agapé divino se expresa en el don reciproco de las personas y en la acción común de las mismas. Todo lo tienen y hacen en común, sin negar por ello la originalidad de cada persona. El Padre envía, el Hijo es enviado y el Espíritu es dado a los discípulos, para que nos amemos con el mismo amor con que somos amados por el Padre en Cristo Jesús.

El amor es pobre en cuanto no se apropia nada en exclusiva; su riqueza consiste en darse y en recibir al que engendra para la vida en libertad y comunión. El discípulo se hace pobre

en la medida que se recibe y se da en el Espíritu. El pobre según Dios no cesa de afirmar la fuente, de reenviar al que lo convoca a la vida y lo envía en misión.

La autoafirmación y el narcisismo es lo contrario de ser y hacerse pobre. De ahí nacen las discordias y luchas, las envidias y contiendas, las enemistades y conflictos. El creyente y la comunidad de los discípulos, viven el camino excelente del agapé en la medida que siguen al Hijo, que nos enriquece con su pobreza. A la comunidad de los corintios, deseosa de prestigio y reconocimiento, Pablo le mostraba el camino más excelente del amor a la luz del logos de la cruz. Y en este sentido le escribía:

> Ambicionad los carismas mayores. Y aún os voy a mostrar un camino más excelente. Si hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, pero no tengo amor, no sería más que un metal que resuena o un címbalo que aturde. Si tuviera el don de profecía y conociera todos los secretos y todo el saber; si tuviera fe como para mover montañas, pero no tengo amor, no sería nada. Si repartiera todos mis bienes entre los necesitados; si entregara mi cuerpo a las llamas, pero no tengo amor, de nada me serviría. El amor es paciente, es benigno; el amor no tiene envidia, no presume, no se engríe; no es indecoroso ni egoísta; no se irrita; no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. (1Cor 12, 31-13, 7),

La ascesis y la austeridad son importantes, pero a condición que broten del amor y nos mantengan en el amor. De ahí brota la necesidad de «conocer» la gracia de Cristo, que se hace pobre para enriquecernos con su pobreza. Y esto ha de precisarse desde la vocación y el carisma del que somos portadores. Pasemos ahora a reflexionar cómo vivir la gracia del seguimiento de Jesucristo pobre desde la perspectiva de la consagración secular.

II.- EL SEGUIMIENTO DE JESUCRISTO POBRE Y LA SECULARIDAD CONSAGRADA

Aun cuando no se deba perder de vista *la perspectiva escatológica de la consagración*, no obstante, la vivencia de los consejos evangélicos en los IS conviene pensarla, ante todo, a partir del dinamismo de la encarnación. En esta perspectiva presento cuatro dimensiones de la vivencia del voto o promesa de pobreza en el marco de la consagración secular.

1.- SER POBRES ASUMIENDO LA CONDICIÓN HUMANA

Cristo Jesús, en la encarnación, se despojó de su condición divina y asumió la condición de esclavo, probado en todo como nosotros, menos en el pecado (cf. Flp 2, 6-11; Gal 4, 4-5). «El Verbo se hizo carne» (Jn 1, 14). Fue enviado en una carne semejante a la del pecado (cf. Rom 8, 3). «Fue contado entre los pecadores, él tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores». (Is 53, 12). «Se hizo pobre» (2Cor 8,9).

Para el Hijo hacerse pobre equivale, por tanto, a despojarse de su condición divina y entrar en la debilidad de la carne, en la fragilidad de la pobreza de la criatura pecadora, aun cuando no conociera el pecado. La carta a los Hebreos afirma: «No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino que ha sido probado en todo, como nosotros, menos en el pecado». (Hb 4, 15) Jesús se hizo pobre al entrar en la historia. Esta pobreza en el ser, podemos llamarla óntica u ontológica.

La pobreza abrazada por Jesús al asumir la carne, como comprendemos sin dificultad, es propia y exclusiva del Verbo eterno de Dios. Y, no obstante, estamos llamados a vivirla de

manera consciente en el marco de la consagración secular. Ella, para nosotros, es un signo sacramental de nuestro ser y actuar en el mundo y desde el mundo: somos seres carnales. ¿Qué implica esto de forma concreta?

En los IS, el seguimiento de Jesucristo en su despojo radical (ontológico) al asumir la condición de esclavo, estamos llamados a vivirlo abrazando con alegría la condición de criaturas, esto es, una carne marcada por el pecado del origen. Asumir nuestra realidad personal, comunitaria, y mundana, marcada por el pecado. Así lo expresa san Pablo, cuando afirma literalmente que Dios envió a su Hijo, «hecho de mujer (GENOMENON, FACTUM EX MULIERE), hecho bajo la ley (GENOMENON, FACTUM SUB LEGE)», para redimir a los que estaban bajo la ley. El seguimiento de Jesús pobre, por tanto, nos urge a asumir nuestra condición humana con todas sus consecuencias. El pobre se reconoce dependiente y necesitado de los demás, necesitado, ante todo, de ser salvado por otro. Su autonomía es heteronomía.

Y así carga con la secularidad con todo lo que tiene de gracia y de pecado. Reconocerse pobre es vivir asumiendo nuestra condición de criaturas, sin dejarse seducir por la mentira: «seréis como dioses». El pobre rechaza todo tipo de egolatría.

Dios no es un rival del hombre, sino la posibilidad del ser humano. Vivir la pobreza tras las huellas del Verbo encarnado es, ante todo, vivir apoyado en Aquel que lo envió para dar la vida a los que estábamos bajo la ley. Asumir gozosamente nuestra condición humana, con sus luces y sombras, es ya una forma de ser signo en el mundo y desde el mundo del Padre que cuida de los pájaros y de los lirios del campo (cf. Mt 6, 25ss) y nos da el reino: «No temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el reino». (Lc 12, 32)

El seguimiento de Jesús pobre, por tanto, es siempre posible en medio de la acción o de la enfermedad, del éxito o del fracaso, del silencio o de la palabra, en Nazaret o por los caminos de Galilea, dando de comer a la muchedumbre o pidiendo agua a la orilla del pozo. Se despojó de su condición divina e hizo el aprendizaje de necesitar de los demás para existir como hombre y llevar a cabo la misión confiada por el Padre en el Espíritu Santo.

El pobre según Dios se sabe indigente y necesitado de Dios y los hombres. Esta dimensión del seguimiento de Jesús pobre es muy importante: al ser humano le cuesta reconocerse radicalmente indigente, necesitado y dependiente de Dios. El hombre no se da la vida, la recibe. El hombre no se salva, lo salvan. Él no es dios, sino criatura de la gracia. Cuando esta dimensión constitutiva del ser humano no es vivida con agradecimiento y sencillez, la persona se incapacita para avanzar con gozosa esperanza en el mundo. En una palabra: ser pobre tras las huellas del Verbo encarnado es asumir su existencia como un regalo de Dios. El pobre de Asís designó a la muerte corporal como hermana suya. Aprender a vivir del don de Dios es lo que nos hace pobres y ricos a un tiempo.

2.- LA DIMENSIÓN SOCIOLÓGICA DE LA POBREZA

Jesús de Nazaret, el hijo del carpintero, como lo reconocían sus paisanos, vivió de su trabajo. Pasó largos años de vida en el silencio y anonimato propios del trabajador manual, en un pueblo sin renombre ni especial identidad. Natanael replicó a Felipe que le anunciaba que habían encontrado al Mesías, Jesús de Nazaret: «¿De Nazaret puede salir algo bueno?» (Jn 1, 46) Jesús, en una palabra, vivió con la sencillez propia de quien gana el pan con el sudor de su frente, de acuerdo con la condición humana.

De este modo, la Palabra eterna de Dios nos muestra qué implica vivir en el mundo y desde el mundo. Jesús, si nos atenemos a los evangelios, no inventó nada ni cambio nada desde la perspectiva artesanal y económica de su tiempo. «Hecho bajo la ley», Jesús se comportó durante sus año en Nazaret, como un buen judío. Los sábados frecuentó la sinagoga. En la creación veía la mano del Padre. Sabía admirar y leer la presencia de Dios en los hechos y acontecimientos de su tiempo. En todo buscaba el reino de Dios y su justicia, como enseñó a los hombres: el discípulo pobre pone su confianza en el Padre que cuida de los pájaros y viste los lirios del campo. Como cualquier persona humana creció en estatura, gracia y sabiduría ante Dios y ante los hombres.

Estamos ante *la dimensión sociológica de la pobreza de Jesús*. Y esto se manifiesta también en lo que los evangelios narran de su vida publica. Al igual que otros predicadores itinerantes de su tiempo, vivió en la provisionalidad, hasta el punto de no tener donde reclinar la cabeza: «El Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza». (Lc 9, 58). Jesús fue pobre en bienes, pero amó los bienes recibidos del Padre a través de la cultura de su tiempo. No lo vemos añorar el pasado ni soñar con nuestro actual estado del bienestar. Vivió en todo momento bajo la ley de la condición humana, como un buen judío, aun cuando se le acusara y ajusticiase luego como blasfemo.

En una palabra, la pobreza de los IS, en la lógica de la consagración secular, comporta vivir el momento presente de la historia, con trabajo y sencillez, aportando su talentos al devenir social y contentándose con lo necesario, ahí donde estemos por gracia del Señor. El pobre acepta ser uno más, sin llamar la atención, viviendo en la verdad, haciendo lo posible para que el mundo acoja el reino de Dios: «Realizando la verdad en el amor, hagamos crecer todas las cosas hacia él, que es al cabeza: Cristo». (Ef 4, 15)

En la discreción, que no es lo mismo que el ocultamiento, los miembros de los IS, como el Hijo del hombre, están llamados a transformar el mundo con su presencia, oración y acción. Cada uno lo hará de acuerdo con el don y la capacidad que Dios le regala. Jesús en Nazaret nos mostró cómo con su trabajo alababa a Dios y dignificaba la condición de toda persona, en especial del trabajador. En y desde el mundo, el consagrado recuerda a todos el designio del Padre: recapitular todo en su Hijo (cf. Ef 1, 9-10). Y esto lo hace desde la pobreza, de acuerdo con los medios pobres, como el siervo humilde y manso de corazón.

3.- LA DIMENSIÓN SICOLÓGICA DE LA POBREZA

Los evangelistas son muy parcos sobre cómo Jesús vivió desde una perspectiva sicológica la pobreza sociológica. Durante su vida pública alertó a los que querían seguirlo, que no tenía donde reclinar su cabeza. Ni dispuso de grandes medios económicos, ni buscó acumular bienes para el futuro; tampoco se los prometió a los suyos. Todo lo contrario.

Pero hay algo muy importante, en lo que quiero fijarme ahora de modo especial. Jesús vivió en la tierra asumiendo las mediaciones humanas. *Avanzó en la provisionalidad*. Los evangelios presentan a Jesús siempre de camino. Ni se instala, ni deja que lo instalen. Y esto es una dimensión decisiva, a mi entender, del seguimiento de Jesús pobre. Él estaba abierto a lo sorprendente, esta siempre de camino en la misión.

Cuando las muchedumbres quisieron hacerlo rey, se retira a la soledad, al monte a orar. Y a los suyos les mandó ir a la otra orilla. No busca prestigio. Quiere que la respuesta de la fe sea clara, libre y responsable. No busca seducir y no quiere que lo retengan:

> Al hacerse de día, salió y se fue a un lugar desierto. La gente lo andaba buscando y, llegando donde estaba, intentaban retenerlo para que no se separara de ellos. Pero él les dijo: «Es necesario que proclame el reino de Dios también a las otras ciudades, pues para esto he sido enviado». Y predicaba en las sinagogas de Judea. (Lc 4, 42-44)

La disponibilidad para avanzar de acuerdo con la misión recibida es nuestra manera de seguir a Jesucristo pobre. La sicología del pobre según el Evangelio es apertura radical al designio divino. La sicología del verdadero pobre según Dios es muy diferente a la sicología del rico. Este tiende a instalarse en el mundo. Y así se hace necio. Jesús pobre invita a vivir en la provisionalidad, rechazando toda codicia y todo aquello que nos hace olvidar nuestra condición de peregrinos de lo Absoluto.

> «Las tierras de un hombre rico produjeron una gran cosecha. Y empezó a echar cálculos, diciéndose: "¿Qué haré? No tengo donde almacenar la cosecha". Y se dijo: "Haré lo siguiente: derribaré los graneros y construiré otros más grandes, y almacenaré allí todo el trigo y mis bienes. Y entonces me diré a mí mismo: Alma mía, tienes bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe, banquetea alegremente". Pero Dios le dijo: "Necio, esta noche te van a reclamar el alma, y ¿de quién será lo que has preparado?". Así es el que atesora para sí y no es rico ante Dios». (Lc 12, 16-21)

El pobre aprende a vivir gozoso en la provisionalidad. Se fía de Dios en el mundo y a través del mundo. No se trata de ser ingenuo, pero sí de vivir en la provisionalidad del que hace de su vida una verdadera búsqueda del reino de Dios y de su justicia.

El pagano indigente no es propiamente una persona pobre, sino un ser angustiado. Es incapaz de vivir la dinámica de la provisionalidad. Olvida que «la representación de este mundo se termina» (1Cor 7, 29-35), mientras que «el amor no pasa nunca». (1Cor 13, 8) El apóstol escribía esto para comprometerse seriamente en el mundo, pero desde la verdadera provisionalidad.

Esta manera de comprender el seguimiento de Jesús pobre, plantea una gran cuestión para la formación en los IS. Es necesario trabajar en el discernimiento y la formación de sicologías capaces de asumir de forma consciente, radical y permanente una real y auténtica provisionalidad. El pobre aprende a vivir el día al día, con alegría, sin angustias. En el mundo y desde el mundo, pero desde la provisionalidad del propio mundo. Tal es la pobreza de quien está llamado a vivir en la diáspora como elegidos de Dios. Es, a mi entender una forma privilegiada de servir el mundo y la misión de la Iglesia en él. ¡Vivamos la pobreza propia de los «peregrinos de la diáspora» (1P 1, 1-2; 2, 11-17)!

4.- LA DIMENSIÓN RELIGIOSA DE LA POBREZA

La pobreza evangélica no debe confundirse con *la miseria antropológica*, *sociológica y sicológica*. Jesús pobre fue enviado para luchar contra la miseria que degrada y arruina al ser humano. Dios creó al ser humano y lo asoció a su obra creadora. La pobreza evangélica se enraíza en la fe, en el encuentro del tesoro escondido o de la perla buscada. Sin un verdadero encuentro con el Señor del cielo y tierra, venido en la condición de esclavo, no habrá pobreza evangélica. El pobre según el evangelio lucha por la dignidad de la persona, por un mundo más justo y fraterno, para que todos se sienten en torno a la misma mesa. Por ello combate toda forma de codicia y de egoísmo. La misión de la Iglesia se dirige a la totalidad de la persona humana, a fin que vivan la libertad, para la que nos liberó Cristo. La persona no se realiza por el tener, sino por la libertad del amor: ¡Siervos por amor!

El Dios de Israel es el Dios de los pobres, de los anawim. Jesús de Nazaret, según era su costumbre, frecuentaba los sábados la sinagoga. Ahí, pudo descubrir cómo el Dios de la alianza había liberado y elegido al pueblo de la espuerta: un pueblo pobre, humillado y de dura cerviz. Con este pueblo insignificante y tendente a la apostasía, estableció una alianza de paz, de plenitud de vida. El judío, por tanto, estaba llamado a vivir con confianza, sin angustias, fiado en el Padre amoroso. ¡No seamos como los paganos!

Jesús criticó la oración del pagano, esto es, la oración angustiosa de quien busca poner a Dios de su parte, olvidando que es un padre que cuida de los suyos (cf. Mt 6, 25ss). Dios no cesa de mirar por sus hijos. Así lo ha hecho a lo largo de la historia. El Dios de la alianza es el Dios de los pobres y huérfanos. Jesús lo sabía. Los sábados, con el salmista, había orado cómo Dios cuida de su pueblo pobre y humillado.

> Levántate, Señor, extiende tu mano, no te olvides de los humildes. ¿Por qué ha de despreciar a Dios el malvado, pensando que no le pedirá cuentas? Pero tú ves las penas y los trabajos, tú miras y los tomas en tus manos. A ti se encomienda el pobre, tú socorres al huérfano. Rómpele el brazo al malvado, pídele cuentas de su maldad, y que desaparezca. El Señor reinará eternamente, y los gentiles desaparecerán de su tierra. Señor, tú escuchas los deseos de los humildes, les prestas oído y los animas; tú defiendes al huérfano y al desvalido: que el hombre hecho de tierra no vuelva a sembrar su terror. (Sal 9, 13-18)

El Dios de la alianza no olvida a los pobres y pecadores. Envió a su Hijo en la carne pobre, para destruir mediante ella el pecado y salvar al pecador. Dios está contra el pecado y a favor del pecador.

Ante el grito de los pobres y oprimidos, el Dios de los padres recordó su alianza, como narra el libro del Éxodo, y bajó para liberar al pueblo de su elección (cf. Ex 2, 24). Jesús tenía conciencia de haber sido enviado a las ovejas descarriadas de Israel. Fue en busca de la oveja perdida. Los enfermos, pobres y pecadores ocupan un lugar especial en la misión de Jesús. El buen Pastor cuida de forma particular de los excluidos. Se hizo pobre con los pobres. Confraternizó con los excluidos. En una palabra: Vino a evangelizar a los pobres.

Esto quiere decir que seguir a Jesús pobre nos lleva a ser pobres con los pobres, a luchar contra el pecado y todo aquello que atente con la dignidad de la persona humana. En esta perspectiva, me parece importante, interrogarnos sobre cómo estamos evangelizando a los pobres de la tierra. Seguir a Jesús es seguirlo en la evangelización de los pobres y dar los signos del reinado de Dios. Y esto no es lo mismo que solucionar las carencias de los pobres e indigentes. Jesús, si entiendo bien lo que nos dicen de él los evangelios, no vino a solucionar los problemas de la humanidad, sino a poner a las personas en pie, para que avanzarán con libertad y responsabilidad. En este sentido, me parece paradigmático un hecho narrado por los evangelios. Viendo la fe del paralítico y de los que lo llevaron hasta él, Jesús le perdonó los pecados y luego lo curó diciéndole: «Ponte en pie, toma tu camilla y vete a tu casa». (Mt 9, 1-7pp; cf. Jn 5, 1ss; Hch 9, 33-35). Al paralitico se le da la posibilidad de caminar por él mismo. En lugar de ser llevado, ahora debe asumir su existencia con libertad y plena responsabilidad.

Al termino de estas reflexiones, quiero releer lo que Juan Pablo II, en el programa pastoral para este milenio, nos recordó, pero que tendemos a olvidar y, en no pocos casos, a tergiversar. La Iglesia evangelizará a los pobres en la medida que sea pobre y cultive la caridad de las palabras y de las obras. Sólo así será «una Iglesia pobre y de los pobres»,

como ya postuló Juan XXIII. De otra forma se corre el riesgo de sucumbir a la tentación de querer ser ricos en medios, para hacer caridad con los pobres. La «nueva imaginación de la caridad» cristiana no está en hacer más cosas por los pobres, sino en compartir el camino con ellos. Escuchemos esta orientación del programa pastoral para el milenio.

> Es la hora de un nueva « imaginación de la caridad », que promueva no tanto y no sólo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacerse cercanos y solidarios con quien sufre, para que el gesto de ayuda sea sentido no como limosna humillante, sino como un compartir fraterno.
>
> Por eso tenemos que actuar de tal manera que los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como « en su casa ». ¿No sería este estilo la más grande y eficaz presentación de la buena nueva del Reino? Sin esta forma de evangelización, llevada a cabo mediante la caridad y el testimonio de la pobreza cristiana, el anuncio del Evangelio, aun siendo la primera caridad, corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día. La caridad de las *obras* corrobora la caridad de las *palabras.* (NMI 50)

Hoy no podemos dejar de interrogarnos si seguimos a Jesús pobre en nuestra manera de luchar por la justicia, de poner a los pobres en pie, para que sean protagonistas de su vida, y, por tanto, si evangelizamos a los pobres, como lo hiciera el «Cabeza de los pobres», Jesús de Nazaret. He aquí el programa de Jesús ungido con el Espíritu, para evangelizar a los pobres de la tierra. Después de hacerse bautizar, para cumplir toda justicia, rechazó la tentación de un mesianismo triunfal y, en el desierto, asumió con todas las consecuencias la senda del Siervo, para llevar a cabo el programa anunciado por los profetas:

> Fue a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga, como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para hacer la lectura. Le entregaron el rollo del profeta Isaías y, desenrollándolo, encontró el pasaje donde estaba escrito: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor». Y, enrollando el rollo y devolviéndolo al que lo ayudaba, se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos clavados en él. Y él comenzó a decirles: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír». (Lc 4, 16-21)

Concluyo. El seguimiento de Jesús pobre es gracia. Tengamos el coraje de pedirla para nosotros y también para el conjunto de la Iglesia. Por ser gracia, desterremos de nosotros todo juicio sobre los demás; pero no dejemos de alegrarnos por ser llamados a seguir a Jesús pobre. Si Cristo, nuestra cabeza se hizo pobre, para enriquecer con su pobreza a ricos y pobres, la Iglesia, como cuerpo suyo que es en la historia, está llamada a vivir una profunda conversión, a fin de comunicar al mundo los bienes de la salvación. He aquí como concluía el primer capítulo de Lumen Gentium, donde se nos habla del misterio y sacramentalidad de la Iglesia en el mundo.

> Pero como Cristo realizó la obra de la redención en pobreza y persecución, de igual modo la Iglesia está destinada a recorrer el mismo camino a fin de comunicar los frutos de la salvación a los hombres. Cristo Jesús, «existiendo en la forma de Dios..., se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo» (*Flp* 2,6-7), y por nosotros «se hizo pobre, siendo rico» (*2 Co* 8,9); así también la Iglesia, aunque necesite de medios humanos para cumplir su misión, no fue instituida para buscar la gloria terrena, sino para proclamar la humildad y la abnegación, también con su propio ejemplo. Cristo fue enviado por el Padre a «evangelizar a los pobres y levantar a los oprimidos» (*Lc* 4,18), «para buscar y salvar lo que estaba perdido» (*Lc* 19,10); así también la Iglesia abraza con su amor a todos los afligidos por la debilidad humana; más aún, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su

Fundador pobre y paciente, se esfuerza en remediar sus necesidades y procura servir en ellos a Cristo. Pues mientras Cristo, «santo, inocente, inmaculado» (*Hb* 7,26), no conoció el pecado (cf. *2 Co* 5,21), sino que vino únicamente a expiar los pecados del pueblo (cf. *Hb* 2,17), la Iglesia encierra en su propio seno a pecadores, y siendo al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación.

La Iglesia «va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios» anunciando la cruz del Señor hasta que venga (cf. *1 Co* 11,26). Está fortalecida, con la virtud del Señor resucitado, para triunfar con paciencia y caridad de sus aflicciones y dificultades, tanto internas como externas, y revelar al mundo fielmente su misterio, aunque sea entre penumbras, hasta que se manifieste en todo el esplendor al final de los tiempos. (LG 8)